



Erythroxylon Coca.

Ahora y antes de la cocaína

LA DROGA DE LOS EJECUTIVOS

arma de sojuzgamiento y explotación. Y así sigue siendo utilizada en los pueblos andinos: es un estimulante popular y barato, y sus hojas mascadas tienen la misma aceptación que, entre nosotros, la coca-cola —que también contuvo coca en un principio— o el café.

La coca aparece pronto en la literatura médica europea; ya en 1569, un doctor, Monardes, de Sevilla, publica un estudio sobre su uso médico como estimulante, y para combatir los efectos de la fatiga y las privaciones. En 1786 aparece en la "Encyclopedie

EDUARDO HARO IBARS

ESTAN a punto de editarse en castellano, si es que no se han editado ya, los "Papeles sobre la cocaína", serie de artículos que sobre el blanco polvo cristalino escribió Freud allá en su juventud. Interesante trabajo, aunque sólo fuera porque nos revela un aspecto del pensador vienés poco conocido: su historia de turbulento amor/odio con esa droga polémica, de la que ahora se está empezando a hablar mucho. Freud publicó en julio de 1884 un artículo titulado "Über Coca". Era entonces un médico joven y ambicioso, y hablaba con entusiasmo de los usos terapéuticos de la planta de coca, y de su alcaloide, la cocaína. El preconizó su empleo como anestésico local en oftalmología —aunque el descubrimiento lo pusieron en práctica y lo desarrollaron otros médicos: primer desengaño amoroso que la coca hizo sufrir al padre Freud, y por el que sufrió de manera considerable—, quiso utilizarla para curar la adicción a la morfina —sin éxito, claro: nunca ha sido provechoso emplear una droga para quitar otra; aunque ahora se está experimentando para curar el alcoholismo precisamente con cocaína, no parece que los resultados sean tampoco muy brillantes—, y la usó el mismo, si bien en dosis bastante moderadas, como estimulante intelectual, hasta que llegó a desarrollar una seria dependencia psíquica. En gran parte, debemos a la coca el desarrollo del método psicoanalítico; cualquier usuario de la cocaína un poco avisado puede ver la semejanza formal entre los delirios referenciales y la atención fija en pequeños detalles, y el método que se sigue en, por

ejemplo, la "Psicopatología de la vida cotidiana". Desgraciadamente, no quiere esto decir que cualquiera se convierta en una especie de Freud. En las drogas uno encuentra lo que a ellas lleva: talento, si lo tiene, o estupidez, si la padece. Y la coca no es nada milagroso, sino una droga más. Una droga que ahora está muy de moda en la España europea, y que amenaza con acabar con las más sólidas fortunas, dado su precio increíblemente elevado.

Señas de identidad

La coca es un arbusto que crece en las altiplanicies andinas; era muy apreciada por incas y quechuas precolombinos, que la tomaban —como ha sucedido con tantas otras drogas en diversas latitudes geográficas— como una planta sagrada, regalo de los dioses. En tiempos remotos, su uso estaba reservado a las castas superiores; pero pronto estas mismas castas vieron lo útil que podía ser suministrada a los trabajadores: su efecto euforizante iba acompañado por una gran sensación de fuerza y energía, y bajo su efecto se podía pasar de comer, soportar fríos feroces, calores ardientes, largas caminatas y más largas jornadas de trabajo. Droga ideal para mantener en feliz esclavitud a un pueblo pobre.

Los colonizadores españoles hicieron el mismo razonamiento que los incas —colonizadores también del Perú mucho antes—: primero, se prohibió el uso de la coca por razones religiosas, pues estaba relacionada con cultos no cristianos; pero luego fue utilizada por ellos mismos, como



Freud preconizó el empleo de la cocaína como anestésico local en oftalmología y quiso utilizarla, sin éxito, para curar la adicción a la morfina.

LA DROGA

Méthodique Botannique", de Lamarck, bajo el nombre científico de *Erythroxylon Coca*. Y en 1859, ya cerca de nosotros —y aún más de Freud—, Niemann sintetiza el alcaloide propiamente dicho, la cocaína, a partir de algunas hojas llevadas a Viena por una expedición científica austríaca. Ahí empieza la apasionante vida de la cocaína en Europa, que iba a tener un gran éxito literario, médico y social, llevada a los salones de la mano del doctor Freud y de sir Arthur Conan Doyle.

Detectives y psicoanalistas, flappers y filósofos

Otro famoso propagandista de la cocaína fue sir Arthur Conan Doyle. Su personaje estrella, Sherlock Holmes, hacía un uso immoderado de esta droga —que se inyectaba, no sabemos bien por qué: sus efectos son prácticamente los mismos ingeridos por otras vías—, cuando estaba deprimido, cuando se aburría o cuando no perseguía mastines en la mansión de los Baskerville. Al parecer, le producía una gran excitación intelectual. Si nos fijamos en el método del detective Holmes, e incluso en su carácter, que oscilaba entre lo taciturno y lo violentamente extrovertido, veremos bastantes semejanzas con el de Freud: ambos buscan lo mismo, la esencia del mal, que para uno es el crimen —y el supercriminal, cuando ya el delirio de la coca lo invade todo y aparece el fantasmagórico doctor Moriarty—, y para otro la enfermedad, con su criminal terrible, el complejo de Edipo, supervillano de la historia de Freud. Y los dos lo encuentran gracias a su atención maníaca a los pequeños detalles: la colilla de un cigarro lleva a Holmes a descubrir un crimen; una palabra mal pronunciada da a Freud la clave para resolver un caso de neurosis. Ambos luchan para quitar el velo de lo sobrenatural; Freud carga a los sueños de sentido, y ya no son mensajeros de otro mundo, sino del subconsciente; el diabólico mastín de los Baskerville no es más que un chucho vicioso y asesino. Desvelan el terreno de lo numinoso, para encontrar en él terrores mucho más

angustiosos, porque son más ciertos. Y la coca tiene mucho que ver con eso, con esa interpretación paranoico-crítica —no en el sentido daliniano de la palabra— de la realidad como trampa y como caja de sorpresas, cuya clave —llave para una de sus muchas puertas— se encuentra en lo infinitamente pequeño, en eso que el común de los mortales ignoramos o dejamos de lado.

Pero no todos los cocainómanos son gigantes: la droga se pone de moda en los teatros, en las casas de mala vida, entre la delincuencia y la picaresca, al mismo tiempo que en los más aristocráticos salones. Los intelectuales y los delincuentes tienen, entre otras cosas, la misma curiosidad en común; el mismo valor que les hace despreciar al tiempo a la ley y a la salud, en su búsqueda de nuevos mundos —que están en éste, claro— y de nuevas sensaciones. Al parecer, en la Barcelona golfa de los años 20-30, la cocaína era algo de uso común: droga que hacía olvidar la miseria, el hambre y la vida precaria, así como el peligro de una vida al margen. Y en el París de Francis Carco, lo mismo: poetas, chicas de moda y asesinos compartían el mismo gusto por la "coca", por el polvo blanco que dispensa tensiones y da deliciosas patadas a los sentidos.

Su uso y sus efectos

En realidad, no estamos hoy tan lejos como parece del indio que mastica sus hojas de coca para trabajar más, para no sentir el hambre acuciante o la privación del sueño y del descanso. Nuestra vida es precaria, aunque ahora la miseria se vista de oropel consumista: no es precisamente que muramos de hambre, pero comemos hamburguesas de plástico. Y aunque en la televisión nos anuncien maravillosos colchones que harán nuestro sueño más agradable, no descansamos lo suficiente: el ocio no existe, el tiempo no es libre. Hasta ahora, nos hemos ido aguantando como podíamos con los estimulantes/tranquilizantes permitidos: la televisión, el alcohol, la coca-cola, el valium, algunas anfetaminas tomadas con el vago pretexto de "adelgazar", para estar guapos y brillantes. Pero ya



Sherlock Holmes, consumidor immoderado de cocaína.

no bastan. Las drogas oficiales, las permitidas, hace tiempo que no nos bastan para ocultar la miseria de la vida cotidiana.

Hay también otras drogas no oficiales, muy de moda hasta hace poco. Pero están siendo desplazadas: no es fácil colocarse con ácido o yerba, que son drogas bastante críticas y necesitan un entorno confortable. Además, desde mayo del 68, se considera que pueden tener efectos "anti-sociales". Con falsas razones, los medios de comunicación —todos, todos, pertenecen al Estado— han unido a esas drogas con el disenso juvenil, con la revolución, con el abismo generacional. Exageraciones que han podido tener una cierta base real en su momento: algunos usuarios de los alucinógenos —término que empleo porque es cómodo para englobar muchas drogas; no porque sea exacto, que no lo es— se ven, ante el desconcierto total que sus drogas preferidas les producen, impulsados a poner en tela de juicio su experiencia habitual de la realidad y la validez de los supuestos sobre los que se funda su vida. Y de entre ellos, unos pocos pasan a la acción, se empeñan en cambiar la vida.

Por otra parte, los opiáceos y las drogas heroicas son demasiado peligrosos, tanto para sus usuarios como para el Sistema; se convierten en un Sistema en sí, cerrado, y quienes los usan suelen apartarse de la fórmula de producción/consumo habitual en nuestra cultura. Los peligros son muchos en el camino del heroínómano, considerado como paradigma del usuario habitual

de opiáceos: para empezar, está la terrible dureza de las leyes; la no menor dureza de un mercado clandestino fuertemente competitivo y mafioso, donde el engaño y la traición son ley, hasta el punto que resulta sorprendente y admirable encontrar un traficante decente; posibilidades de contraer enfermedades infecciosas por falta de higiene al inyectarse en condiciones precarias; riesgo de sobredosis, o de inyectarse sustancias extrañas —la lactosa es la más inofensiva— con que los vendedores cortan el producto para sacar más provecho económico de él... Peligros, algunos, inherentes a la sustancia misma; otros, que vienen dados precisamente por la situación de clandestinidad y marginalidad en que se encuentran —debería estar prohibido prohibir hasta los venenos—, pero, en cualquier caso, peligros reales que dificultan el empleo de la heroína para la mayoría. Hay que dar un paso muy grande, estar ya bastante marginado e inadaptado para entrar en el circuito de la droga dura.

Y en este paisaje, hace su entrada la coca, una droga que no es blanda ni dura —todavía no se han puesto de acuerdo los sabios en esta materia—, sino blanca: limpia, inmaculada, se introduce con un fino canuto por la nariz y no hace falta la terrorífica panoplia de jeringuillas y agujas que tanto miedo dan. Parece ser que no es adictiva; y además, es muy cara —de cinco a ocho mil pesetas el gramo, según el mercado, y un gramo de coca es muy poco, pues hay que usarla de manera continua, porque su efecto dura poco—, lo que reduce el círculo de sus usuarios a un grupo selecto de jóvenes ejecutivos, de modernos con disponibilidad económica, solvencia y educación.

La cocaína es la droga del ejecutivo: olvidas el "stress" y también el aburrimiento. Puedes ser brillante en las recepciones y soportarlas sin sufrimiento; hay quien dice que sirve también para inaugurar puentes, colocar primeras piedras y recibir en aeropuertos a dignatarios extranjeros, pero no vamos a picar tan alto. El caso es que es una droga "fashionable", europea, presentable en sociedad. Limpia y cara: la droga de hoy, la droga de los 80. Supongo que pronto empezarán a anunciarla en la televisión. ■ E. H. I.